

## RIMA DE VALLBONA<sup>1</sup>

### ANACAONA, “FLOR DE ORO” DEL REBELDE CARIBE

*A mi querida y admirada amiga y colega, Dra. María Teresa Rocha, la princesa de las Pampas, con un corazón más grande que el mundo entero y abierto a todos los miserables seres humanos como mi menda, que ya está para el tigre y cada día necesitando más de la generosidad de personas como tú.*

**Y**o, Higuemotta, hija de los caciques de Xaraguá, Anacaona y Caonabo, ante este Tribunal Supremo, convocado con el propósito de acusar de hereje y traidora enemiga de la Corona Española, a mi madre y cacica de la provincia de Xaraguá, Anacaona, declaro y digo verdad, que ella no cometió traición alguna a la Corona ni tampoco a la Iglesia; la cacica Anacaona solo defendió, como buena líder, a su pueblo y sus dominios. Para dejar constancia de cómo sucedieron las cosas durante el gobierno de fray Nicolás de Ovando, recién llegado a nuestras costas el almirante Cristóbal Colón.

\*

A mi nacimiento, la fatalidad comenzó a ensañarse con mi familia: mientras los aires marinos del intenso Caribe mecían mi ha-

<sup>1</sup> Académica de Número y de Honor de la ANLE. Profesora emérita de *University of St. Thomas*. Adicionalmente a una amplia producción como investigadora y crítica literaria, cuenta con una relevante obra en los géneros de poesía, novelas, cuentos, ensayos y teatro. Esta narración forma parte de la obra *Gavilla de cuentos* que publicará la ANLE. <http://www.anle.us/345/>

maca y arrullaban los sueños de mi feliz infancia protegida por el amor de mis padres, Anacaona y Caonabo, caciques de Kiskeya, unos pescadores trajeron noticias de que en la costa habían visto una enorme casa que flotaba cerca de la playa —ahora sé, que se trataba de una nave llamada por los cristianos, Carabela.

—Unos seis o siete hombres, vestidos de manera muy rara, bajaron a unas canoas o barcas y se dirigieron a tierra firme —explicó uno de ellos; otro de los nuestros agregó:

—Parece que bajaron a buscar agua dulce de algún río; nosotros los espiábamos, ocultos en la maleza, pero salimos corriendo de estampida cuando, desde esas casas flotantes, comenzaron a disparar rayos con unas grandes y estruendosas cerbatanas que ahora sé que son arcabuces... era tanto el ruidal que hacían aquellas cosas brillantes que disparaban rayos, que las gaviotas echaban a correr por la arena y a revolotear en bandadas, el mar se encrespaba más de lo acostumbrado y los monos se pusieron a chillar aterrados... Entonces creímos que esos estrafalarios personajes eran enviados por nuestros tóiles para castigarnos...

Con el tiempo comprobamos que eran de carne y hueso, entonces nos acercamos a ellos con obsequios y a cambio, nos regalaron collares y adornos de mucho brillo y color. Así comenzó nuestra aparente pacífica relación, la cual poco a poco fue manifestando su verdadera fibra recubierta de fatalidad y muerte...

\*

Yo tendría a lo sumo dos o tres años, cuando llegaron noticias infaustas del ataque liderado por mi padre, el cacique Caonabo, al fuerte español establecido en la que ellos llamaban Villa La Natividad, cuando se establecieron hipócritamente en son de paz y amistad; entonces se comentaba que lo que llevó a los nuestros a atacar y matar a los del fuerte, fue que ellos, desobedeciendo órdenes de un tal Cristóbal Colón, jefe de esa jornada, de no abandonar el fuerte mientras él viajaba rumbo a su reino allende el Océano: tan pronto su líder se ausentó, la mayoría de ellos se precipitó a saciar su apetito carnal de quién sabe cuántos interminables meses de travesía marítima; sin respetar casadas ni doncellas vírgenes, violaron a nuestras mujeres con voracidad orgiástica. A mi padre, como jefe de aquella masacre de españoles, lo llevaron encadenado en una de sus carabelas para

enjuiciarlo en España... pero nos llegaron noticias del naufragio que acabó con la vida de él...

Crecí entonces bajo el cuidado de mi madre y su hermano Bohechio, quienes me prepararon para servir a nuestra gente, como cacica en el manejo de flecha, lanza y cerbatana; así llegué a tener tal destreza, que ahí donde yo ponía el ojo, ahí sucumbía la presa. Asimismo mi madre y mi tío me entrenaron en todo lo que formara mi carácter y conocimiento de las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo, junto con los principios gubernamentales para fungir como cacica de Xaragua, a su debido tiempo. También mi primo Guarocuya, alias Enriquillo, recibió la misma educación con el propósito de prepararse para el cacicazgo de la Maguana; sin embargo, nada de eso ocurrió y ninguno de los dos cumplió con ese destino, pues la llegada de los españoles torció nuestra misión.

En muy temprana adolescencia, no solo me distinguía entre las otras doncellas, compañeras de juego y cacería, sino también me destacaba en la danza, lo cual heredé de mi madre, así como mi afición por la música. Esto atrajo la atención libidinosa del español Hernando de Estepa, quien, pese a mi tierna edad, me raptó una noche de luna llena y me hizo su mujer... de esa unión nació mi hija Mencía; yo no supe ser valiente como mi madre que se opuso siempre a la voluntad de nuestros invasores, por lo que tuvo un triste final, que ahora vosotros juzgáis de traición a la Corona.

Recuerdo que a la llegada de esos extranjeros, los recibimos con generosos obsequios, música y alegría sin sospechar que su plan era robarnos nuestra amada Kiskeya y convertirnos en esclavos. Asimismo, en las reuniones del Consejo nuestros mayores mostraron preocupación por las muchas muertes de los nuestros, víctimas de raras enfermedades desconocidas por nuestros curanderos.

—Nuestra gente cae rendida por el fulminante sol de interminables horas forzadas de faena en los cañaverales, minas y huertas para saciar el hambre de alimentos y codicia de esos infaustos individuos, con perdón de vuestra reverendísima presencia, era el repetido comentario en las reuniones del Consejo de ancianos.

Alzaron también su voz, los que se quejaban de las raras enfermedades, repito, que aquellos invasores habían traído a la isla, las cuales estaban diezmando a la población. A su vez mi madre y su hermano Bohechio propusieron a los ahí reunidos levantarse en armas contra los intrusos antes de que fuera muy tarde... pero... ¿cuándo y cómo?

Llegó el día ansiosamente esperado por todos: los festejos que se anunciaron días atrás para celebrar la visita del gobernador fray Nicolás de Ovando y en honor de Anacaona, mi madre, prometían algo nunca visto. Los españoles iniciaron los actos con un juego de cañas en el que lucieron sus destrezas y pendones nobiliarios, todo lo cual colmó aquel domingo de aplausos, risas y comentarios de los espectadores.

Después de un opíparo almuerzo, el hermoso areíto que coreografió mi madre, en el que danzaron trescientas doncellas vírgenes y que hizo las delicias de todos, prometía un remate muy grato, colorido e inolvidable de aquel festejo nunca visto en toda la isla.

A nosotros nos sorprendió que una vez terminado el areíto, el gobernador Ovando convocara a los ochenta y cuatro caciques a congregarse en el bohío de las reuniones comunitarias para tratar de asuntos gubernamentales y relacionados con los tributos que ya nos estaban cobrando después de que nuestra ingenua gente los había acogido amistosa y generosamente; eran tributos que seguían aumentando en demandas de algodón y alimentos.

Yo me he quedado preguntándome quién dio el chivatazo que llevó a los invasores a sospechar lo planeado por los caciques confederados y al mando de Anacaona para atacarlos después de los festejos... Me cuesta pensar que hubiera algún traidor entre los nuestros... pero todo es posible...

Tan pronto entró el último cacique en el bohío, el gobernador dio órdenes de cerrar todas las entradas de la vivienda; hizo, asimismo, que se apostaran soldados ante cada una de ellas; en seguida prendieron fuego a las paredes y techumbre pajizas; y para que no quedaran dudas acerca de quién era el amo y señor de nuestra amada isla y de todos nosotros... A partir de entonces, nos sometió a servirles de esclavos a él y a sus hombres.

Los que intentaron escapar del fuego, los acribillaron, despiadadamente, a tiros de arcabuz... fue un espectáculo infernal y desgarrador en el que se mezclaban los gritos desesperados de los caciques encerrados en el diabólico bohío, los chillidos y gemidos de mujeres, niños, ancianos y de todos cuantos quedamos a salvo de aquella apocalíptica masacre, con el crepitar de las pajas y los cuerpos de aquellos infelices que se estaban consumiendo en la maldita hoguera, gemidos desgarradores, maldiciones y aquel olor a carne humana

chamuscada dejaron en mi memoria una larga pesadilla de muerte, lo cual generó un odio mortal —con disculpa de vosotros, integrantes de vuestro Tribunal Supremo—, contra los infames invasores...

Solo a Anacaona se le perdonó el horror de aquella monstruosa muerte, pero el muy cristiano Fray Nicolás de Ovando le impuso una condición:

—Vuestra merced, cacica Anacaona, os concedemos el privilegio de escoger entre contraer matrimonio con un caballero español una vez bautizada o... acabar ahorcada... como cualquier vil ladronzuelo... De vos depende vuestro destino y el de vuestra hija Higuemota, con toda vuestra descendencia...

—Me insultáis, excelencia, pero una mujer de mi estirpe como yo, no se rinde ante tan vil amenaza de un infeliz y perverso fraile... si los cristianos son como vos, ¿quién va a querer ser cristiano? ¡Antes muerta que aceptar ser parte de esos llamados cristianos...! ¡Predican la paz y la misericordia pero practican lo contrario... como vos, gobernador del demonio...! ¡Por supuesto, ya podéis comenzar a preparar la horca y colgarme ahora mismo!

Éstas, sus palabras finales, firmaron su sentencia de muerte, pero irónicamente, su nombre ha quedado para siempre en los anales de nuestra isla, honrándola como heroína, lo que hace honor a su nombre, que significa “Flor de Oro” de Kiskeya.

\*

Aquí, ante este Ilustrísimo Tribunal Supremo, yo, Higuemota, hija de los caciques de Xaraguá, Anacaona y Caonabo, declaro ser verdad todo cuanto he expuesto hasta ahora y para mayor abundancia de pruebas de los abusos de estos llamados cristianos, agrego los dolorosos sucesos que dieron origen a las revueltas contra la tiranía de los gobernantes de nuestra isla: todos los levantamientos de nuestra gente culminaron en aquellos largos catorce años de guerrillas lideradas por el cacique Guarocuya alias Enriquillo, las cuales se originaron en la Sierra Bahoruco...

¿Y sabéis acaso por qué mi primo, el cacique Guarocuya se rebeló contra los españoles, olvidado de la excelente educación que le dieron los dominicos? No tuvo otra alternativa que llevar a juicio al fulano Valenzuela por haber violado a Mencía, su esposa, y el juez, haciendo caso omiso de la verdad y gravedad de los hechos, impugnó

y desestimó este caso basándose en las declaraciones de inocencia del violador... y probablemente porque se trataba de un personaje de cierta importancia en el gobierno del infame Ovando, con perdón de su Ilustrísima...

Frustrado y reventando de rabia por tanta injusticia cometida contra él, su esposa y su gente, comprendió que por vía pacífica no se lograba nada en un medio en el que se nos había arrebatado la libertad, nuestra querida isla y todos nuestros atributos... ¡y ni qué decir de nuestras vidas que ya no valían nada...! Fue cuando Guarocuya formó una confederación de caciques en defensa de nuestros derechos; así fue como comenzó la feroz lucha de catorce años contra los españoles... pero esto es asunto a tratar en otra sesión judicialia...

*Abril 30, 2017*



*Masacre de la reina Anacaona y sus súbditos (1598). Grabado presumiblemente de Jodocus van Winghe, publicado en la Brevísima relación de Las Casas (<https://en.wikipedia.org/wiki/Anacaona>).*